



CAPITULO XII

Donde se habla de una gran conferencia patriótica

Diariamente adquiría el célebre señor Merdle mayor fama, sin que por eso se pudiese afirmar que esta notabilidad hubiera hecho nunca el menor bien á ninguno de sus semejantes, vivo ó muerto. A nadie le era dado sostener que poseyese el buen señor la menor facultad de emitir en provecho de alguien el más pequeño rayo de luz para iluminarle en la senda del deber ó de los placeres, del dolor ó de la alegría, del trabajo ó del reposo, de la realidad ó de la ficción, y, en una palabra, en ninguno de los innumerables senderos de ese dédalo que continuamente recorren los hijos de Adán. Nadie tenía el menor motivo para suponer que la arcilla con que se había formado este moderno ídolo no fuese la más tosca del mundo; pero sabíase, ó se creía saber, que había acumulado inmensas riquezas; y no se necesitaba más para prosternarse á sus pies con un servilismo más degradante y menos perdonable que el del salvaje embrutecido que sale á gatas de su covacha para ofrecer un sacrificio propiciatorio á la di-

vinidad que su ignorancia adora bajo la forma de un leño ó de un reptil.

En ausencia de la señora Merdle, el gran capitalista seguía teniendo casa abierta, á fin de que la multitud de visitantes pudiese ir y venir á su antojo. Algunos no se hacían de rogar para tomar posesión de la casa: más de cuatro grandes señoras, notables por su distinción, decíanse de vez en cuando: «Vamós á comer á casa del señor Merdle el jueves próximo. ¿A quién convidaremos?» El banquero recibía previamente aviso, sentábase á la mesa, y terminada la comida se paseaba tristemente por sus salones, sin que nadie se cuidase de su presencia, como no fuera para desear que se ausentara.

El señor Merdle, deseando organizar un banquete político, envió cierto día á la familia de los Barnacle invitaciones para que asistiesen á él; y esto hizo mucho ruido, pues díjose que el célebre banquero trataba de aliarse con dicha familia, con motivo de haberse entablado algunas pequeñas negociaciones; las malas lenguas llegaron á asegurar que se trataba de alguna intriga política.

La señora Merdle había escrito entretanto á su magnífico esposo, desde Roma, carta sobre carta, recordándole la conveniencia de proporcionar á Edmundo Sparkler una buena posición; demostrábale que esto era urgente, y que por otro concepto sería muy ventajoso obtener desde luego un buen destino. En este asunto, en el estilo epistolar de la señora Merdle no figuraba más modo que el imperativo ni más tiempo que el presente.

Tal fué la granizada de verbos conjugados en esta forma por la buena señora, que al fin produjeron cierta agitación en el apático capitalista, y en tal estado atrevióse á significar á su mayordomo que deseaba dar un banquete, no para muchos convidados, pero sí muy escogido. El mayordomo tuvo la atención de contestar que no encontraba inconveniente en dar una hojeada para que se hiciera el mayor gasto posible por tal concepto.

El día de la comida, poco antes de la llegada de los convidados, el señor Merdle se entretuvo en leer un diario de la tarde que sólo se ocupaba de su persona: hablábase de su maravillosa audacia, de su maravillosa fortuna y de su maravilloso Banco, del cual era fundador, organizador y director; este notable establecimiento se consideraba como uno de los últimos milagros financieros llevados á cabo por el feliz capitalista. A pesar de ello, el señor Merdle se mostraba tan mo-

desto en medio de sus brillantes triunfos, que más bien parecía un hombre temeroso de ver su domicilio embargado á la hora menos pensada, que no un coloso comercial entreabriendo las piernas, como el de Rodas, delante de su propia chimenea, para que pasaran por debajo las pequeñas embarcaciones.

El primer convidado que se presentó era una notabilidad del foro, al que siguieron sucesivamente los principales individuos de la familia de los Barnacle, entre los cuales figuraba un joven llamado Fernando; el médico del señor Merdle y las eminencias del Episcopado, con el señor obispo á la cabeza. Todos estos personajes se apresuraron á ofrecer sus respetos al opulento banquero, colmándole de elogios y de alabanzas según costumbre, hasta que llegó la hora de comer.

Inútil parece decir que el banquete fué espléndido y el más propio para excitar el apetito del que careciese de él; los platos, muy delicados, se sirvieron suntuosamente; las frutas y los vinos eran exquisitos; en una palabra, hallábase allí todo lo más selecto que se pudiera desear en manjares y bebidas. ¡Qué hombre tan prodigioso el señor Merdle! ¡Qué esplendidez y qué riqueza desplegaba para cumplir con la sociedad!

Durante la comida, la notabilidad del foro manifestó su sentimiento por no ver allí al joven Sparkler, que en su concepto debía figurar ya en los altos círculos sociales.

—El joven Edmundo viaja ahora con mi esposa—contestó el señor Merdle saliendo de pronto de la profunda meditación en que se hallaba sumido.

—Hablando de otra cosa—dijo lord Decimus, uno de los principales individuos de la familia de los Barnacle,—¿sabe alguno de ustedes algo de esa historia de un caballero que después de estar encerrado largos años en la prisión por deudas, se ha visto de pronto poseedor de una riquísima herencia? No oigo hablar más que de eso; y en los periódicos encuentro todos los días algún detalle acerca de tan curioso incidente. ¿Sabe usted algo sobre el particular, Fernando?

—Lo único que sé—contestó el joven Barnacle,—es que ese caballero ha dado mucho que hacer al ministerio de que tengo el honor de ser auxiliar, ocasionando un trastorno de mil diablos.

—Muchas molestias é incomodidades—añadió el señor Tito Barnacle con un tono de dignidad ofendida.

—¿Y de qué género de negocios se ocupaba ese caballero, Fernando?—preguntó lord Decimus.

—¡Oh! es toda una historia—repuso el joven,—y á fe que no conozco otra mejor en su género. El tal señor Dórrit tenía un contrato con nosotros, mucho antes de haber encontrado el ángel tutelar que le proporcionó su herencia, y no llenó debidamente sus compromisos. Estaba asociado á cierta casa para la explotación de varios artículos que sería ocioso enumerar; la casa quebró, y en nuestra calidad de acreedores, perseguimos al señor Dórrit con todas las formalidades necesarias. Al cabo de muchos años, cuando ese caballero encontró el ángel tutelar y su abogado se presentó para pagarnos, fué preciso revisar una infinidad de documentos, cotejar firmas, hacer indagaciones y no pocas diligencias, tanto, que se han necesitado seis meses para saber cómo aceptar el dinero y dar el recibo. Este negocio se puede considerar como uno de los más notables triunfos administrativos, pues nunca se han llenado tantos impresos para despachar un asunto. El mismo abogado de nuestro deudor no pudo menos de manifestar su asombro, tanto, que un día me dijo: «Si en vez de venir á pagar dos ó tres mil libras esterlinas se tratase de exigir de ustedes el desembolso de esta suma, dudo que pudieran oponer más dificultades.»

El señor Tito Barnacle no consideraba la cuestión tan superficialmente, y conservaba rencor al señor Dórrit por haber molestado al ministerio, obstinándose en pagar lo que debía; y en su concepto habíase cometido una infracción de las reglas establecidas, teniendo en cuenta la antigüedad de la deuda.

—¿Me será permitido preguntar—dijo lord Decimus,—si ese señor Dórrit tiene hijos?

Como nadie respondía, el señor Merdle se dignó intervenir para contestar:

—Tiene dos hijas.

—¡Ah! ¿Le conoce usted?

—Yo no, pero sí mi esposa y también el joven Sparkler. Hasta creo que la mayor de esas señoritas ha producido una profunda impresión en Edmundo, que es muy impresionable, y... me parece... que la conquista...

El señor Merdle se interrumpió para contemplar el mantel, como lo hacía siempre cuando sabía que le escuchaban ó miraban.

La notabilidad del foro manifestó estar muy satisfecho de que la familia Merdle y la de los Dórrit se conociesen ya, lo cual era en su concepto una especie de demostración por

analogía de aquel principio físico en virtud del cual los semejantes se buscan: *similis simili gaudet*.

Cuando ya se hubieron apurado los temas de las diversas conversaciones entabladas después de tomado el té, los principales convidados, con lord Decimus á la cabeza, tuvieron á bien retirarse, quedando sólo algunos de los menos distinguidos, que saboreaban una copita de licor, con la esperanza sin duda de que el señor Merdle acabaría por decir alguna cosa; pero el millonario se limitó á recorrer sus salones de un lado á otro, con expresión de apática indiferencia, sin despegar los labios.

A los dos días de haberse celebrado este banquete, los diarios anunciaron á toda la ciudad que el caballero Edmundo Sparkler, hijastro del señor Merdle, el banquero de fama universal, acababa de ser nombrado lord del ministerio de Circunlocuciones; y que este admirable nombramiento era un tributo que el generoso lord Decimus rendía á los intereses comerciales del país, etc., etc. Seguíase á esto una serie de pomposos elogios ministeriales, aplaudiendo la elección del favorecido. Entonces, fuertes con este respetuoso homenaje del gobierno, el maravilloso Banco y las demás admirables empresas del gran Merdle, comenzaron á estar en alza y á prosperar en la Bolsa; y hasta no faltaron curiosos que fueron á la calle de Harley sólo para admirar la casa que habitaba el becerro de oro.

Y al ver al majestuoso mayordomo de pie en el umbral de la puerta, exclamaban: «¡Qué aspecto de hombre rico tiene! ¡Cuánto dinero habrá colocado ya en el maravilloso Banco!» Si hubieran conocido mejor á aquel individuo, en vez de dirigirse esta pregunta habrían podido determinar con toda exactitud las sumas que ahorraba.

